

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

4, ZARANDONA, 4

MURCIA 16 DE MAYO DE 1903

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes... pesetas 1

Fuera, trimestre... pesetas 3

Núm. 948

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

NÓ SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

AVISO AL PÚBLICO

La carnicería de la calle de Verónicas núm. 7, esquina a la Aduana el domingo 17 de Mayo, quedará abierta para la venta día y noche con carne de ternera, a los siguientes

PRECIOS

Ternera del país, kilo con hueso, 1'90 pesetas, ó sea 7 reales 3 perras, Molla sola a 2'65, ó sea 10 reales 3 perras.

No equivocarse, junto a la Aduana

SANTA ISABEL, 3 **CAFÉ-CERVECERIA SEGUI** PRINCIPE ALFONSO, 23
CAFÉ EXTRA SUPERIOR A 0'35 PESETAS TAZA
CERVEZA A PRESIÓN DE ACIDO CARBÓNICO DAMM Y AGUILA
FÁBRICA DE GASEOSAS
Agua de SELTZ—Helados de varias clases todos los días.—Refrescos espumosos de FRUTAS
SERVICIO A DOMICILIO

Efectos de la sequía

EN LA REGIÓN MURCIANA

La abundancia de tierras de regadío en esta región quita importancia a los daños de la sequía; éstos, sin embargo, son grandes en las tierras de secano y se dejan sentir hasta en las mismas de riego. Han mermado muchos manantiales, y pagan con creces los huertanos la escasa recolección; cada hora de agua cuesta en algunos puntos de seis a siete pesetas. Además, algunos árboles frutales de la huerta, a los cuales no les falta el riego de pie, han tenido gran escasez de flor a causa de la sequedad atmosférica.

La temperatura excesivamente primavera de los últimos días de Marzo adelantó el crecimiento de las mieses y aumentó sus necesidades de humedad, haciéndose más sensible la sequía de lo que hubiera sido en otra ocasión. Se ha encarecido el pan, que ha subido cinco céntimos en hogaza de dos libras. La fanega de trigo se vende de 11 a 12'50 pesetas, y de 6'50 a 7 la de cebada.

En los secanos cuyas tierras son fuertes, es en donde más se dejan sentir los desastrosos efectos de la sequía. Tales son en la parte de Cieza los parajes Venta del Olivo, Fuente del Judío, extensas llanuras de Cajitán, La Herrada, El Horno, La Nacetúa, El Quinto y El Madroñal. El tanto por ciento de baja en la cosecha de granos en estos puntos será aproximadamente, un 80 en las cebadas y un 50 en los trigos.

Lo mismo se puede decir de Caravaca, Mula y puntos cercanos: Llanos de Yechar y Anquiba, cañada Marón, campos de La Paira, Retamosa, Chorrillos, Campotejar y otros. En el partido de Benizar, Pliego y la Alberquilla, los pocos terrenos que hay de riego serán de secano el verano próximo, si no aumentan las lluvias el caudal de las fuentes, que se ha quedado en lo último.

En Moratalla, partido de San Juan, Béjar, El Roble y otros, apenas si los cereales precigan la escasez de agua por tratarse de terrenos altos y frescos, en donde se siembra tarde; los simenteros, especialmente los trigos, se conservan en buen estado. En cambio, en los pastos se hace sentir notablemente la sequía; los campesinos se preocupan de los ganados, que constituyen parte principal de sus haciendas; resulta un problema de imposible solución el sostenimiento de los averíos ó animales de labranza, y puede llegar el caso de que, inútiles estos si persiste la sequía, no puedan terminarse las labores de los barbechos.

En la parte de Totana se consideran perdidas las dos terceras partes de la cosecha, que en buenos años sube de 600.000 a 700.000 fanegas de grano, casi todo cebada.

En el campo de Cartagena, hasta Campo Núbia, tierras de Fuente-Alamo, Pozo Estrecho, La Palma, Pacheco, Albuñón, etc., ocurre otro tanto.

La base de la cosecha de cereales en toda la región murciana era grande, tanto que, si hubiese llovido lo necesario en los primeros días de Abril, hu-

biera sido un año de hermosa abundancia.

Para las cebadas ya no hay salvación, aunque lleve todavía. Los trigos aún tienen raíces profundas y frescas que pueden aguantar algo. La insignificante lluvia de estos últimos días lo ha resucitado un poco.

Peró se pierden las esperanzas; el viento favorable a la lluvia es Levante y reina Noroeste, ó sea de arriba, como aquí dicen.

Los augurios de los labradores son pesimistas: preveen un año de miseria, de hambre...

Las tierras de secano se dan a renta, de tres a seis duros al año cada fanega. Se dan a medias; el amo de la tierra paga la mitad de la simiente, de la escarda y de la siega, el colono labra y hace la trilla además, quedándose, en cambio, con la cosecha de paja a más de la mitad del grano recogido. Se dan a terrajes: de cada cinco ó seis cargas de mies, según lo convenido, una libre es para el amo de la tierra.

Yo creía que los años rebajaban ó perdonaban los rentos en años de gran sequía ó calamidades de otra especie; pero me aseguran que no. Lo mas que hacen es aplazarlos del mes de San Juan a Noviembre, si hay buena cosecha de panizo (maíz) y cáscara (pimiento); sinó, los dejan para cobrarlos al San Juan siguiente.

Un pobre labrador me ha dicho:

—Mire usted: por lo pronto, de los trigos hay media cosecha perdía... con los primeros calores se corrieron, se alzaron; y ahora, que por la sequía no tiene jno, se arrojan y estan como quemados... Aunque lleve, con tó y con ello, las espigas se quearán en la mitá ó menos, y ya nos conformaremos si al remate tenemos un peazo de pan... De las cebás y avenas, hay sin remedio tres cuartas partes perdidas, por lo de ser matas de menos fuerza y haber chupao menos al principio... Luego tiene usted que, si no llueve, no hay remedio... ¡viviremos tós como Dios quiera!... Cuando hay cosecha el molliero dá, cobrando quince celemines de trigo por cá doce que tiene la fanega... ¡Ahora, ni pa robarnos nos quieren dar!... Si es que no guela entavía pa colmo de males, este fresquito que ha vuelto sostendrá algo los sembras; pero si a la entrá de la otra luna no llueve, jno hay mas que tó se vá y tós nos perdemos!

VICENTE MEDINA.

Cartagena y Mayo de 1903.

Fátima

Ultima versión

El «Heraldo de Madrid» publica acerca del interesante asunto de la cristiana Fátima la siguiente información transmitida por un corresponsal en Tanger:

«En el vapor «Pielago» ha regresado hoy el agente de policia español que salió expresamente para Sevilla con orden de nuestra legación para traer a la mora Fátima, escapada hace días del seno de la familia.

Fué llevada a presencia de Mohamed Torres, en cuya oficina se hallaban su padre y el jefe rifíeno de la kábila a que aquella pertenece. Presenciaron el acto de la entrega los intérpretes de nuestra legación y de la almana.

La indicada mora refirió que se habia fugado a instancias de una hebreo.

Durante su permanencia en Sevilla estuvo sirviendo en una casa particular.

Torres ha dado toda clase de garantías respecto a que no será maltratada la mora restituida a su hogar.

Ha hecho responsable de lo que le ocurra a su padre y al jefe de la kábila.

Estoy autorizado para rechazar las historias publicadas por la prensa.

No ha habido reclamación, ni Fátima ha pertenecido al harem del sultan.

Era criada en la casa de un médico alemán, en compañía de una hebreo que a los diez días de bautizada se fué a Cadiz, haciéndose seguir por Fátima.

La legación la restituyó al hogar paterno, dando además toda clase de garantías.

El mismo querido colega, ocupándose de la todavía incomprensible extradiación, hace respecto del particular los siguientes sabrosos comentarios:

«Toda nuestra política nacional consiste en haber devuelto a la mora Fátima, aun corriendo el riesgo de que la ahorquen en castigo de haberse cristianizado.

«Se ha destruido la leyenda del harem, convirtiéndola en prosaica historia novelesca aventurera; pero todo hace sospechar que nuestro gobierno hubiera procedido del mismo modo si se tratara de una auténtica esclava.

«No nos devolvió el sultan a aquellos infelices muchachos, que hallaron la muerte mientras se tramitaba la negociación diplomática, y nosotros devolvemos a Fátima la mora a la menor reclamación y ante las seguridades de Mohamed Torres, que ya se sabe es un caballero cumplido en mantener sus palabras.

«Tratárase de una rica heredera, de las que, siendo también, como Fátima menores de edad, se captan en los conventos, y de allí no la sacarian todos los poderes de la tierra. Acaso, en tal hipótesis, el corazón piadoso y la sabiduría jurídica de algún jurisconsulto no hubiera resistido la tentación de abogar por ella en los tribunales.»

Un cuento diario

LA ARGOLLA

Sola ya en la reducida habitación, Leocadia, con mano trémula, desgarró los papeles de seda que envolvían el estuche; se llegó a la ventana, que caía al patio, y oprimió el resorte. La tapa se alzó, y del fondo de azul raso surgió una línea centelleante: las fulguraciones de la pedrería hicieron cerrar los ojos a la joven, deliciosamente deslumbrada. No era falta de costumbre de ver joyas; a cada instante las admiraba, con la admiración impregnada de tristeza de una constante envidia, en gargantas y brazos menos torneados que los suyos. Si aquel brillo le parecía misterioso (el de los Tachones de una puerta del cielo), es que se le representaba alrededor de su brazo propio, como irradiación triunfante de su belleza, como esplendor de su ser femenino.

¡Había pasado tantos años ambicionando algo semejante a lo que significaba aquel estuche! Siempre vestida de deshechos laboriosamente «refrescados» (qué ironía en este verbo): siempre calzada con botas viejas, al través de cuya suela sutil penetraba la humedad del enlodado piso; siempre limpiando guantes inoportunamente sucios, con la suciedad ajena, manchados en los bailes por otra mujer; siempre cambiando un lazo ó una flor al sombrero de cuatro inviernos, ó tapando el roto cuello de la tálma con una pasamanería aprovechada, veridosa.—Leocadia repetía para sí con ira oculta: «¡Ah! ¡Como yo pueda algún día! No sabía de qué modo... pero estaba cierta de que

aquel día iba a llegar, porque su regia hermosura, mariposa de intensos colores, rompía ya en el capullo.

Recibida Leocadia encasa del opulento negociante Ribelles, como scñorita de compañía de sus hijas,—el hermano del banquero, solterón mas rico aún, al regreso de unos de sus frecuentes viajes al extranjero, hallándola sola cuando volvía de escoltar a sus sobrinas, la detuvo, y sin preámbulo la dijo: «Lo que adivina el lector.

La conversacion pasó frente a un espejo enorme, rodeado de plantas naturales, entre el silencio solemne de la escalera tapizada de grueso terciopelo rojo. Fué lacónica, firme, concreta, por parte de Gaspar; verdad es que Leocadia no titubeó: con dos «sies» aceptó el convenio.

Se irían juntos a Inglaterra, antes de una semana. Y el brazalete, la hilera de gruesos brillantes, que acababa de ceñir a su muñeca, era la señal, las arras, por decirlo así, del contrato. Se despedirían de la familia Ribelles, por medio de una sencilla carta. Ni las debía otra cosa, ni tenía por qué darla cuenta de sus resoluciones. ¡Abur, Abur!

Aros de rubies sangrientos y de zafiros celestes; cadenas de eslabones de oro, entrelazados con lágrimas de perlas; como los que se ostentaban en el escaparate de Lacluche... Mientras pensaba esto, una idea cruzó por su cerebro de mujer, a quien la necesidad ha forzado a adquirir cierta cultura, idea confusa, ráfagas de lectura, recuerdo de la significación de la joya. Argolla de esclava había sido en otros tiempos, en las primitivas edades, el mágico trozo centelleante que rodeaba su puño... «Ahora significa libertad»—pensó.—«No volveré a cubrir mi cuerpo con lo que otras no quisieron para el suyo... Y siento un profundo goce que la dilataba el pecho, que la enrojecía las mejillas, el disfrute anticipado de tantas preciosidades. Su cutis fino, de puro raso, percibía el contacto de la batista, la caricia del muelle del encaje, su garganta, la tibia atmósfera que crean los rizados plumajes y las vivientes pieles; sus orejas de rosa, el toque frío del claro solitario; sus pies airosos, la opresión elástica y crugiente de la malla sedañana...

«No vuelvo a usar algodón» determinó. «Seda, seda no más... Y a docenas los pares... Unos calados, otros bordados como galas de novia...» Acordóse del equipo de la mayor de las Ribelles, casada el año anterior, y las punzantes sensaciones de codicia que despertaba tanta riqueza.

A la evocación de las venturas nupciales, un estremecimiento corrió por el espinazo de Leocadia. Ella no era «novia»... Las novias no lo son por las galas, ni por las joyas, ni siquiera por el amor... Son «novias» por otra razón: ¡Leocadia no sería «novias» jamás! Sin embargo, a pesar de sus ansias de desquite y de lujo, acaso por ellas mismas, conservaba su pureza como se conserva lejos del hielo y del cizero una azucena destinada a marchitarse en una orgía.

«Dentro de seis días»... calculó con involuntario horror. La figura de Gaspar brotó, por decirlo así, del fondo oscuro del cuartucho, en una especie de alucinación de los sentidos. Leocadia vio a su futuro... Futuro, ¿el qué? «Futuro... «dueño» articuló, abrasándose la garganta al paso de la voz. El orgullo, el orgullo con anverso de ventura y reverso de vicio, con su dualidad moral, se irguió en su alma. ¡El tal Gaspar Ribelles! Su barba ya canosa, lustrada de aceite perfumado; su boca de labios gordos; sus dientes plomizos, restaurados por medio de toqueditos de oro; sus mejillas llenas y encarnadas; su abdomen de ricachón... ¡qué tipo tan diferente de lo que á menudo, al oír música, después de leer versos, ó en la capilla, entre el olor del incienso, soñaba Leocadia! Con la intensidad de un dolor físico, agudo, de una impresión de azotes en las desnudas espaldas la hirió la certidumbre de que sólo faltaban seis días para la esclavitud... ¡Ah! ¡Cómo aborrecía con todo su ser sublevado, con epidermis, nervios, fibras, venas, entrañas...!

Un golpe en la puerta del cuarto, y la cara risueña y maliciosa, de monago, de Tomaseo, el «botones».

—Señorita... Esta carta acaban de traer.

Era un continental, un pliego de papel que tenía por timbre el globo terráqueo, dos hemisferios. Leocadia firmó el sobre, dejó la pluma encima de la mesilla, se acercó a la ventana enrejada, leyó. Según descifraba la misiva aquella, la fresca palidez de su semblante radioso se teñía de púrpura, rápidamente, como si millares de manos la abofetearan a la vez. «¡Sal esta noche a la calle: te aguardo en la esquina con un coche, a las diez. Cenaremos juntos.—G.»

El tono imperativo, el grosero tuteo inmotivado, la precaución de la inicial... Leocadia creyó notar que se abría en su corazón una fuente, un chorro de agua limpia, amarga, sana, hervidora—un manantial de indignación, de altrívez, de furor, de desprecio. Y debía de ser verdad que la fuente manaba, y se desbordaba, pues ya buscaba desahogo por los ojos. Lágrimas gruesas, copiosas, bajaban a apagar el incendio de las mejillas...

Hizo trizas el papel; abrió la ventana, y el través de la reja lanzó los pedacitos blancos, que revolotearon y fueron a posarse en las losas de la azaca. Después, desabrochando leatamente el cintillo de pedrería, lo miró al través de su llanto, lo tiró al suelo, y con sus botitas viejas pisó, volvió a pisar, taconeó, rompió la argolla, haciendo saltar los brillantes de su engaste delicado.

EMILIA PARDO BAZÁN.

ESPERANDO...

(A L... ENOJADA CONMIGO)

Ya lo ves, yo te llamo; yo que espero que has de olvidar por siempre tus enojos,

y has de quererme como yo te quiero mirando el puro cielo de tus ojos...

Te alejas de mi lado, y sabes que nací para quererte; ¡ay, alma de mi alma, ya han pasado cinco días sin verte...!

Cinco días sin calma ni alegría que me ha fobado tu cruel desvío; ya lo ves, vida mía, no vivo si no estás al lado mío, tu mano entre las mías enlazada, contemplándote yo con embeseo, y a cada frase tuya apasionada, interrumpir la frase con un beso.

No lo dudes, mi vida, si con tu enojo y tus rigores lucho, es porque abriga la ilusión querida de que me quieras mucho; es porque yo te quiero de tal modo que en tí lo adoro todo, tu artística cabeza primorosa, tu boca voluptuosa, tu mejilla rosada, purpurina... ¡Yo quisiera decirte tus encantos, ¡mas cómo, si son tantos?

¿No has de volver a mitigar mi anhelo? ¿Me has declarado sin cuartel la guerra? ¿Me aproximaste al cielo, para lanzarme airada hasta la tierra?

Pronto me avisarás si te decides y ver mi dicha a mi dolor prefieres. ¡Cuánto te he de querer, aunque me olvides! ¡Cuánto tarda tu carta... si aun me quiere!

RICARDO SEPÚLVEDA.

CIRCO VILLAR

Con muy buena entrada celebróse anoche en el Circo-Villar la segunda función de titeres, por la renombrada compañía Alegria.

Todos los artistas que de ella forman parte, en su repertorio llevan algún trabajo extraordinario, que les hacen merecer la categoría de notables.

Especialmente uno de los payasos tan difíciles y entretenidos trabajos ejecuta, que encajan dentro de lo sobresaliente.

En conjunto la compañía es muy buena; y si dejaran fuera del cuadro a esas infelices criaturas que por su edad es un dolor que se las dedique a ejercicios que impiden su desarrollo físico y que si los aprenden seguramente que es a costa de grandes sacrificios, el espectáculo sería por completo entretenido y de muy buen gusto.

No queremos nosotros perjudicar los intereses de la compañía Alegria; antes muy por el contrario la roamos merecedora del favor del público y deseamos que logre un llano por cada función; pero deseáramos que desaparecieran de la pista esos niños cu-

